

Toda una vida

El legado pedagógico de Juan Daniel Del Águila

CARLOS ROLDÁN DEL ÁGUILA CHÁVEZ
Y LUIS ROBERTO DEL ÁGUILA CHÁVEZ



El reconocido normalista Juan Daniel Del Águila Velásquez. Archivo familiar

UNA HERENCIA COMÚN

Encontrar historias que marcan un legado no es fácil. Cuando uno busca en su historia personal o familiar, suele ejercitar una especie de terapia reflexiva que nos adentra en lo más recóndito de nuestras raíces y, si esa búsqueda te ayuda a entender los cimientos de la educación peruana, entonces el ejercicio está justificado. Mucho se habla de los cimientos de la educación peruana, o qué sensible y delicado es diseñar estrategias para mejorarla o siquiera desarrollarla, pero muy pocas veces se llega a entender lo difícil y complejo que es sentar bases sólidas en territorios tan adversos y casi olvidados como la Amazonía. Los autores nos planteamos desarrollar el ejercicio de hurgar en este mundo a partir de la figura de nuestro abuelo: el normalista urbano Juan Daniel Del Águila Velásquez. Confesaremos que no evitaremos viajar por el territorio del anecdotario de nuestra infancia, porque así le encontramos contenido y emoción al legado y nobleza de nuestro abuelo, quien, conociéndolo poco, contribuyó al universo de la literatura y educación de nuestra selva peruana.

Cuando nací, mi abuelo tenía cuatro años más de los que tengo ahora. Fui su quinto nieto y el primer varón que llevaba Del Águila como apellido paterno. La “D” siempre en mayúscula. No recuerdo haberlo visto molesto, pero sin duda cuando lo estuvo sus ojos celestes deben haber despedido relámpagos para poner orden solo con la mirada. Como tantas veces lo hizo mi padre conmigo y mis cinco hermanos.

De mi abuelo recuerdo mucho su oficina. Una habitación pequeña con muebles de madera oscura, una pequeña pizarra colgada en la pared, los libros, el escudo de la familia, el escritorio con un paño verde y el vidrio cubriendo el tablero. La máquina de escribir mecánica y una tablita con un bloque de tabaco que raspaba con una pequeña cuchilla para llenar la pipa.

Era un solo movimiento: llegar todos de visita a la casa de VIPSE, saludar y meterme a su oficina con él. Se acomodaba frente a la máquina de escribir y me enseñaba a acomodar el papel en el rodillo. Yo apoyaba en su escritorio mis seis o siete años y le dictaba un cuento. Mi abuelo Juan Daniel lo escribía a máquina en la mitad de una hoja de papel, me ayudaba a ponerle un título y luego en una ingeniosa combinación de “W” mayúsculas, símbolos “et” y barras diagonales, hacía aparecer en el papel ordenadísimas filas de soldaditos con fusil en ristre, delimitando un cuadrado donde luego yo me encargaría de dibujar y pintar la ilustración del cuento. Hasta ahora conservo el original de mi primer ‘libro’.

Él era muy gracioso. Siempre estaba con la sonrisa a flor de labios y haciendo bromas. Tal vez ese sentido del humor es lo que lo acercaba tanto a sus nietos. Todos queríamos recibir una broma

suya, alguna frase divertida. Cuando éramos pequeños, un clásico suyo era atraparte entre sus rodillas y no dejarte salir. A muchos no nos gustaba caer en la trampa, pero siempre lo buscábamos para que repitiera el truco una y otra vez. Él se divertía. Le gustaba jugar.

LOS TIEMPOS AQUELLOS

A los 120 años de su nacimiento, un 3 de mayo en la ciudad de Nauta, ubiquemos la juventud de Juan Daniel Del Águila en una época prodigiosa, entre el Vanguardismo de César Vallejo, Alberto Guillén y Martín Adán y el Indigenismo de Enrique López Albújar, Ciro Alegría y luego José María Arguedas. Digamos que las letras, sobre todo la poesía, las tendría de alimento cotidiano. Si bien desde los 19 años ya enseñaba —sin formación académica alguna—, le bastó poco para entender que esa ausencia de educación en su lejana Nauta, lo obligaría a enfocarse en la tarea de establecer lugares para la educación esencial.

En esos tiempos, las condiciones de infraestructura educativa en la selva peruana eran, por decir lo menos, casi inexistentes. Había que construirlo todo y formarlo todo. Lo más cercano para lograr formación técnica y escolar era la ciudad de Iquitos, y en formación universitaria había que migrar a la costa norte o a Lima, la capital. En las locaciones extremas de la Amazonía, la corta formación técnica o la autoeducación eran, tal vez, las únicas opciones. Así las cosas, había mucho que hacer.

Apenas 21 años y con diploma de preceptor de 2.º grado del Instituto de Educación de Moyobamba es auxiliar del Centro Escolar N.º 173 de Rioja, al año siguiente pasa al Centro Escolar N.º 193 de Tarapoto con las mismas funciones. Al siguiente año dirige la Escuela Elemental N.º 1718 de Moyobamba donde permanece por ocho años hasta que, en 1932, pasa a dirigir la Escuela Elemental N.º 1714 de La Calzada (Moyobamba) por dos años.

Con doce años dirigiendo escuelas y estando a cargo del Centro Escolar N.º 171 de Moyobamba, pasa a convertirse en comisionado escolar de la provincia, encargo que desarrolla también dos años después en el Huallaga, dirigiendo el Centro Escolar N.º 191 de Saposoa y el Centro Escolar N.º 151 de Yurimaguas.

Ahora mismo estoy viendo la cara de mi padre contándonos la historia y escucho las risas de mi madre. Muchos años atrás, había una gymkhana o unos juegos florales en los que participaba la escuela que durante mucho tiempo había dirigido mi abuelo. Él estaba de regreso de alguna de sus asignaciones laborales y tenía la oportunidad de ver participar a 'su' escuela en los juegos florales.

Curioso, preguntó por el número o presentación que harían en el festival, y lo llevaron a ver los ensayos. Se encontró con los muchachos de cuarto y quinto de secundaria sosteniendo con ambas manos los extremos de una vara delgada, arqueándola por sobre sus cabezas, mientras hacían una especie de ronda saltarina cantando: “La danza de los arquitos, es una danza muy singular...”

Seguramente había elementos en esa coreografía que ayudaban a desarrollar la motricidad fina de los danzantes, pero el elemento que más saltaba a la vista era el ridículo. Escribo esto y recuerdo a mi padre burlándose del cántico ese y a mi madre desternillándose de risa. Ante semejante espectáculo, y sazonando su decisión con una buena carajeada, mi abuelo les dijo a los muchachos de ‘su’ escuela que se deshagan de los arquitos, que los más pequeños se suban sobre los hombros de los más corpulentos y que escenifiquen una batalla campal que fue recibida con beneplácito por los muchachones y con júbilo por la audiencia que siempre disfruta de una buena zamaqueada entre varios. Así también era mi abuelo: nada de arquitos y, en cambio, unos buenos tortazos. Otros tiempos.

Fue clave para Del Águila el año de 1936, cuando proyecta la urgente necesidad de formalizar su experiencia y formación en educación. Así ingresa a la Escuela de Pedagogía de la Pontificia Universidad Católica del Perú, donde luego de tres años se recibe como normalista urbano, llegando a ser por esos años también profesor del Instituto Misional del Oriente. Como nota especial destacaremos el título de su tesis de sustentación, que refleja el panorama difícil y desolador de la educación en la Amazonía: *El ausentismo en el oriente peruano*. Nada más gráfico que ese título.

DE FUNCIONARIO A EXPLORADOR

Tal experiencia de funcionario público en educación lo convierte en pieza clave para la supervisión de los avances educativos de las provincias amazónicas. Así, el año 1943 es nombrado inspector general de educación del Alto Amazonas, cargo que ejerció durante casi seis años hasta 1948, cuando se trasladó por toda la provincia transformándose casi en un explorador educativo, recorriendo los poblados de Muniches, Balsapuerto, Sonapi, Pampa Hermosa, Shucushyacu, El Tigre, Achultipisaca, Providencia, el Barrio de Moralillos y muchas más, promoviendo campañas de alfabetización, creando e implementando bibliotecas escolares y centros de colaboración. Estos periplos se sustentaban en la importante transformación de las escuelas parroquiales en fiscales y la construcción de edificios en cada uno de estos lugares.

¿Quién sabe qué tipo de concertación habrán hecho nuestros tíos, padres y abuelos? Lo cierto es que los nietos acabamos yendo una vez a la semana a recibir una especie de curso de vacaciones útiles en casa de los abuelos. Con mis hermanos nos tocaba recibir clases de Don Juan Daniel, en las que aprendíamos a escribir poemas infantiles. Ortografía, algunas rimas inocentes y lecturas de los poemas y cuentos que había publicado el abuelo eran parte del sílabo de esas clases. ¿Surtieron algún tipo de efecto? No lo sé. Lo que sí es cierto es que por esa época gané un concurso escolar de poesía, con un poema al maestro que escribí aprovechando las enseñanzas del abuelo. Recuerdo que se puso muy contento cuando le conté que había ganado, pero recuerdo más la hinchazón en el pecho cuando me preparaba para contárselo.

Algunos años después, en un pasillo del Hospital del Empleado (ahora Rebagliati), me veo frente a él que está sentado en una silla de ruedas, cuando aún teníamos la idea de que se iba a recuperar y regresar a su casa. No fue así: ya no volvió del hospital. Pero no es la muerte la que quiero recordar. Viene a mi memoria la vergüenza, el roche de que, a mis catorce años, mis padres me pidan que recite frente a mi abuelo la poesía con la que había ganado un premio escolar en declamación. Pero no se da cuenta –resistí–, pero hay mucha gente –quise decir–, pero, pero... Pero vi el fondo de sus ojos celestes y fui un cantor autóctono y salvaje con todo y vaivén pausado de hamaca tropical. Creo que fue la última vez que hubo algún tipo de contacto entre nosotros dos. Me gusta que lo último que escuchó de mí haya sido un poema.

Un inspector educativo debía velar por el desarrollo e implementación de escuelas, bibliotecas y escuelas de formación docente; por tanto, se convirtieron en autoridades clave y de alto rango en las comunidades más alejadas. Muchas de estas localidades contaban con una importante población nativa cercana, insertada a la vida urbana como única oportunidad de sobrevivencia y adaptación.

La escuela se convertía en una especie de centro cultural que congregaba todas las posibles expresiones artísticas y culturales de la zona, en una suerte de casa de cultura, donde además de instrucción educativa, se impartían otras expresiones artísticas y pedagógicas como la oratoria, declamación de poesía, teatro, música y danzas locales. Las gymkhanas o juegos florales eran pues los lugares de reunión y expresión cultural por excelencia. De manera que la organización colectiva de estos eventos se constituía en la ocupación más comunitaria que existía por aquellos tiempos. En esos eventos, autoridades como los inspectores regionales de educación podrían tener casi el mismo nivel que un alcalde o el párroco de la región.

Los domingos de nuestra infancia era infaltable la visita familiar a casa de los abuelos. Los seis hermanos, mamá y papá, íbamos felices en el Peugeot azul a encontrarnos con todos los primos y tíos. A la hora del almuerzo tenía que habilitarse más de una mesa, para que todos cupiéramos. En el comedor almorzaban los adultos y, si había algún espacio, era ocupado por alguno de los nietos mayores. Por supuesto que era más divertida la mesa de los chicos, pero cuánto me hubiera gustado estar en la mesa de los grandes, para saber de qué hablaban. Esos lazos, bien establecidos por la consanguinidad, fueron reforzados por una muy fuerte sensación de pertenencia. No solo estaban los abuelos, nuestros padres y los nietos, siempre había tíos que estaban de paso en Lima o amigos queridos que llegaban de 'la tierra': para ellos siempre hubo lugar en esa casa. Y esa casa podía ser indistintamente la de Río Grande o la de Reynaldo Vivoanco. No importaba el edificio, lo que hasta ahora vale es esto que se siente aquí adentro. Se llama familia.

Reviso ahora las fotos antiguas que me ha alcanzado mi hermano Carlos, veo la precariedad en la que mi abuelo (mi abuela Josefina también) hacía su trabajo y no tengo dudas de que era feliz. Y siento orgullo. Por él, por la familia que forjó.

Hablando de fotos, hay una que debe ser de principios de los años setenta, en la que se nos ve a todos los nietos trepados en la reja exterior de la casa de mis abuelos. Todos despeinados, agitados y felices. Detrás del chiquillerío están ellos: los padres, los tíos, los abuelos.



Durante años ejerció como inspector general de educación del Alto Amazonas. Archivo familiar.

Hace unos años sucedió algo que me quedó grabado, como una foto: no recuerdo bien las circunstancias, pero debía comprar una corona de flores para enviarla de inmediato a un velorio. Era un caso relacionado con la empresa en la que yo trabajaba. El asunto es que ya era muy tarde y por algún motivo no encontraba una sola florería abierta en Lima. Después de recorrer varios distritos, finalmente encontré una florería abierta que podía preparar el arreglo y enviarlo justo antes del cierre del velatorio. Agradecido, di los datos a la dependiente y, cuando tuve que pagar el servicio, caí en cuenta de que había perdido mi billetera. Con mirada suplicante le pedí a la chica que envié la corona y que yo solucionaba el tema del pago como sea. Ella expuso mi caso en voz alta a su padre y le preguntó qué podía hacer. El padre, con el típico acento cantarín de nuestra selva, preguntó si era de alguna empresa. “Es un señor Del Águila”, contestó la chica. El padre se asomó, me miró y dijo: “Si es Del Águila va a cumplir. Dale lo que pida”. Lo escribo y todavía se me eriza la piel. Ese prestigio también es su legado.

Finalmente, entre 1949 y 1951 se ubica en el Instituto Industrial de Varones, ejerciendo docencia y siendo su secretario institucional. Posteriormente migra a Lima para el Colegio Particular José Gálvez del Callao y luego en el Colegio Lima San Carlos, ejerciendo la docencia hasta 1954. Ese año retorna a dirigir el Centro Escolar N.º 151 de Yurimaguas, donde reconstruye la infraestructura, construye servicios de carpintería y peluquería e implementa el local con pupitres, mesas, sillas y demás herramientas, permitiendo una situación más digna. Cabe destacar que las actividades complementarias a la formación educativa es una práctica recurrente en Del Águila, quien entiende que la educación debe fortalecer su instrucción con las actividades culturales, en especial con el teatro. Escribe y monta algunas piezas: *La selva peruana* y *Circo selvático* son algunas de ellas. Se involucra en las asociaciones de maestros y los centros de colaboración pedagógica, dirige el periódico magisterial *Remo* y además colabora en la Asociación de Padres de Familia del Colegio Anastasio Jáuregui, en el Instituto Ramón Castilla, en el club social, deportivo y cultural *Los Húsares* y en el Colegio Nacional de Iquitos como escritor de obras de teatro.

DE POESÍAS, ROMANCEROS Y REPORTAJES

A los 57 años y recorrida toda una experiencia germinal de puntos de formación educativa en la región del Alto Amazonas, Del Águila va a encontrar en la formalidad administrativa del Ministerio de Educación la posibilidad de plasmar toda su vena literaria en los textos escolares. Así, desde 1958 prepara las *Cartillas patrióticas* y libros como *La vida de Daniel A. Carrión* y *Aurora en la selva*, *Niños del Perú* y *Poemas infantiles*, de impresión y distribución masiva a nivel nacional (alrededor de los 200 mil ejemplares).



Del Águila Velásquez fue un promotor de edificación de escuelas y campañas de alfabetización. Archivo familiar

De hecho, los cerca de nueve años en esa posición le permitieron ensayar diferentes niveles de textos como *Niños del Perú*, para primer y segundo grados en 1964 y para tercer grado en 1966; *La ley y los deberes cívicos* en 1964 y reeditado al año siguiente, y *Tierra y hombres del Perú* y *La ciencia y la cultura*, en el año 1965. También explora los reportajes al encargársele en 1966 por los hijos de la selva, la revista conmemorativa *Yurimaguas*.

Quando pienso en los libros que marcaron mi vida de lector y me remonto a los días de infancia, siempre menciono Corazón, de Edmundo de Amicis. Difícil no sentirse emocionado por la historia de Enrique y, sobre todo, por el relato De los Apeninos a los Andes, incluido en el libro. Pero la verdad es que el libro que más me impactó fue Cuentos infantiles (1964), de Juan Daniel Del Águila Velásquez.

Son catorce relatos para niños narrados por un abuelo a sus seis nietos. Por supuesto, los nombres de los nietos personajes coinciden con los de los seis primeros nietos reales del autor. Pero

la emoción no deriva solo de ser uno de los protagonistas del libro, sino porque las historias son realmente atrapantes y dejan muchas imágenes en la cabeza del lector. Yayaymaman, La vicuña de oro, El torito con tres cuernos, El tiempo y sus hijos, Aventuras de José Inhumana son historias que podía recitar de memoria. Especialmente recuerdo cómo me dejaba pensando Martín y Martina, la historia de dos monitos hermanos que, luego de varias peripecias, terminaron él bailando para un organillero, y ella en la luna, donde “mira las estrellas por las noches y de día duerme porque no puede mirar al sol”. Me divierte pensar que ese avioncito de vidrio en el que Martina llegó a la luna y la nave de lata en la que está sentado el mayor Tom, tuvieron en la llegada del hombre a la luna una fuente de inspiración común para mi abuelo y David Bowie. Me divierte más saber que mi abuelo escribió su historia antes de que Bowie escribiera su canción. Creo que me haré un afiche con David Bowie leyendo el libro de Don Juan Daniel.

Los más de 43 años de labor docente y educativa, permitieron que, en 1966, reciba la Medalla de Oro por la Municipalidad de Lima y las Palmas Magisteriales entregadas en el segundo período del destacado ministro de Educación Carlos Cueto Fernandini. Máximos reconocimientos en la gestión pública a un educador que apostó todo por sembrar el germen de la oportunidad y acceso a la educación, en una región donde las condiciones fueron y aún siguen siendo adversas para llevar educación e identidad.

Cuando llegaba de visita a nuestra casa, su saludo típico era pararse frente a ti y darte un abrazo, pero sin agacharse. Así, sus brazos terminaban cerrándose algunos centímetros por encima de nuestras cabezas, mientras nos decía palabras cariñosas abrazando el aire. Era divertido al principio, después crecimos y la broma ya no surtía efecto. Sí con los más pequeños. Recién ahora entiendo: ese abrazo al aire estaba saludando nuestro futuro, lo que estaba por encima de nosotros, saludaba nuestro porvenir. Mi abuelo no abrazaba el aire, abrazaba lo que llegaríamos a ser, lo que ahora somos. Y lo abrazamos también.